

# EL ROTUNDO CINE LATINO: ENTRE FERTILIZANTES Y PESCADO TAMBIÉN HAY MARICONES.

**E**l mundo rural y las comunidades LGTBI no parecen ser realidades que convivan armoniosamente. Frente al cosmopolitismo de las grandes urbes, donde se presume que cada cual puede encontrar facilidades para vivir como se siente o con quien desea, las pequeñas poblaciones centradas en la explotación de los recursos de la tierra o del mar, aparecen como entornos hostiles a la diversidad y ajenas al liberalismo cultural y social. Vivir en el campo o en la costa, en entornos cuya economía gira en torno al sector primario, agrícola, ganadero o pesquero, puede parecer bucólico y deseable, en teoría. Apetecible como opción frente al estrés enloquecido y sin freno que marca la existencia urbanita. Pero en realidad para muchas personas es sinónimo de hostilidad y (auto) represión. De ahí que se produzca con mucha frecuencia un éxodo de personas LGTBI hacia las grandes ciudades, en busca de un ambiente más favorable y respetuoso. Un verdadero sexilio. A nadie le apetece ser conocido como el maricón o la tortillera oficiales del pueblo, más que por sus cualidades humanas o sus competencias profesionales. Ni por extensión que sus familiares o allegados se vean enfrentados a situaciones incómodas derivadas de ello.

Por estos motivos tampoco parece que este mundo sea el marco idóneo para plasmar en la gran pantalla historias protagonizadas por personajes LGTBI. Salvo que, por supuesto, sirvan para dar una visión sesgada, esperpéntica y estereotipada sobre personas del

colectivo; se ahonde en los prejuicios o planteen desenlaces trágicos, con asesinatos, suicidios, o similares. En síntesis, un final feliz, la posibilidad de una vida relajada y agradable, el poder tener amantes, mantener romances o configurar una familia que viva cómodamente no suele tener cabida en los guiones.

Pero filmografía al respecto la hay. Y alguna muy digna. Seguro que de inmediato vendrán algunos títulos a la mente como *Brokeback Mountain*, *Contracorriente*, *Tierra de Dios*, *Corazón de piedra*, o *Ander*, con protagonistas gais. Y con un enfoque bastante distinto, algunas protagonizadas por mujeres, como *El Secreto de las Abejas*. *Elisa y Marcela*.

Por ello es satisfactorio observar cómo desde América latina se va abordando esta difícil relación con una mirada mu-



cho más fresca y positiva. Dos buenos ejemplos de ellos son *Viento seco* y *Los fuertes*.

El cine brasileño con contenidos LGTBI genera desde hace algunos años obras difícilmente clasificables y comercializables a gran escala. Historias que se no se presentan a través de recorridos argumentales sembrados de diálogos que los cimienten, sino como retratos visuales de seres humanos en complejas interrelaciones mutuas, a pesar de la sencillez aparente de sus puntos de apoyo, y siempre mediatizadas por los espacios naturales que los enmarcan.

Este es el caso del director **Daniel Nolasco**, autor del documental *Mr. Leather. Por amor al cuero* (2019), y de un abanico de cortos -*Urano* (2013), *Plutão* ((2015), *Netuno* (2017), *Sr. Raposo* (2018)-, que culmina este año con su primer largometraje de ficción, **Viento Seco** (2020), presentada en la última *Berlinale*. El broche de su particular cadena creativa basada en el erotismo y el sexo gay, progresivamente más explícito, asociado al fetichismo y al cuero. Sin importarle repetir y reconvertir



*Los fuertes.*

escenas y circunstancias ya planteadas en sus cortos, como las que emplea para presentar al protagonista de *Viento seco*, en el borde de la piscina que frecuenta en su tiempo de ocio. Sandro (interpretado

por Leandro Faria Lelo), es un hombre de mediana edad que trabaja como oficial en una fábrica de fertilizantes situada en el estado de Goiás, el interior rural brasileño. Tierra de labranza y ganadería al más puro estilo americano, poblado de hombres rudos, los gauchos, sus rodeos, y su particular música *quantry* brasileña, el *sertanejo*. Una tierra que abandonan los jóvenes y que Nolasco reivindica salvar de tal éxodo y de su destrucción derivada de la expansión de las granjas de monocultivo que arrasan con sus recursos hídricos, en otro de sus documentales, *Paulistas* (2017)

Si la actividad profesional del protagonista no resulta especialmente glamorosa, tampoco lo es su aspecto físico. Nada de lucir cuerpo escultural ni preocuparse por eliminar las frondosas matas de pelo que pueblan su espalda, y que generosamente nos muestra la cámara. Es un hombre sencillo, corriente, que no destaca por nada en especial. Un oso de manual. Un hombre gay ajeno al bullicio de las grandes urbes, adaptado el mundo rural, que mira, observa, desea, imagina y folla, siempre con expresión contenida. Su intimidad la comparte corporalmente con un compañero del trabajo, Ricardo y, emocionalmente con su mejor amiga, interpretada por Renata Carvalho. La presencia femenina relevante se circunscribe únicamente a ella para mayor tortura de las TERF (*Trans-Exclusionary Radical Feminist*) ¡El universo femenino reducido a una mujer trans!

Los diálogos, como gusta Nolasco, son parcos y tan elementales que el peso del desarrollo argumental queda en todo momento en brazos de la imagen (poderosa aportación de Larry Machado) y de la música (excelente partitura de Natalia Petrutes), mezclando la realidad más prosaica, como puede ser la compra en un supermercado, con evocaciones →

# EL ROTUNDO CINE LATINO: ENTRE FERTILIZANTES Y PESCADO TAMBIÉN HAY MARICONES.

→ oníricas aderezadas de intensísimo colorido. La película se ve seccionada en capítulos que son presentados a través de anuncios meteorológicos, evocando al espectador el calor que todo lo envuelve. La homofobia interiorizada de Sandro, que le lleva a verse con su amante y compañero de trabajo en el bosque por prevención a ser descubierto, se adereza con el sexo, la pasión, los celos, y escenas de sexo sin cortapisas. Felaciones, penetraciones, eyaculación, beso negro, son exhibidos sin pudor. No serán pocos quienes piensen que no hay exigencia en el guion que las justifique, considerando que la película cae en lo vulgar, si no en lo pornográfico. Y es cierto que estamos acostumbrados a ver sin inmutarnos cómo se disecciona, asesina, agrede o viola de mil modos a las personas en la gran pantalla, pero sigue provocando incomodidad compartir butaca con persona desconocidas, cuando se muestran penes erectos llevados hasta el orgasmo en las bocas,

manos o culos de los intérpretes. En suma, una película que podrá gustar o no, pero indiferente a nadie deja.

Desde la vecina Chile, se ofrece un estilo de hacer cine muy diferente en **Los fuertes** (2019), del director **Omar Zuñiga**. Los amantes de las películas estructuradas de modo clásico, con su introducción, nudo y desenlace, están de enhorabuena. No tendrán, en apariencia, muchas claves que interpretar. Pueden permitirse el placer de dejarse llevar por el fluir de los fotogramas y disfrutar de una historia de amor entre dos hombres, sin otro propósito principal que mostrar este tipo de relaciones de forma sencilla, sin complejos, ni traumas más allá de las dificultades que cualquier relación afectiva y sexual entre dos personas conlleva. Tal era el objetivo que Zuñiga deseaba, y ha conseguido.

Cuenta con dos actores que se lo posibilitan sobradamente, Samuel González (en el papel de Lucas) y Antonio Alta-



*Bahía de Niebla (Valdivia, Chile)*

mirano (en el de Antonio). Y, cómo no, juega también un papel estratégico el lugar geográfico donde se enmarca, la localidad de Niebla (Valdivia), en el sur de Chile, un pueblo de pescadores ubicado en una isla, magníficamente fotografiado por Nicolás Ibieta. Allí se dirige Lucas para visitar a su hermana. Un personaje que la actriz Marcela Salinas encarna tan acertadamente que, siendo secundario, crece, llena la pantalla y llega emocionalmente al espectador. Una despedida fraternal previa a instalarse en los Estados Unidos donde Lucas parece haber conseguido abrirse camino profesionalmente. Lejos de sus previsiones quedaba encontrar a quien podría ser su media naranja en tan remoto lugar, en un hombre que trabaja como contramaestre de un barco pesquero de bajura.

Como en el caso anterior, el de *Viento Seco*, el parto de esta obra tuvo una fase previa, más evidente si cabe. Concretamente en un cortometraje basado en la misma historia e idénticos personajes, titulado ***San Cristóbal*** (2015). Su buena acogida, incluyendo un premio Teddy al mejor corto LGTBI en la Berlinale, y la solidez de la trama e interpretaciones posibilitó su puesta de largo, que es la que nos ocupa. En palabras de Omar: “el corto daba cuenta de una necesidad honesta y genuina que tenía en ese momento: la idea de representación, que muchas personas en Chile puedan ver la película y sentirse identificadas, generar un sentido de pertenencia.”

Y eso es lo que nos ofrece *Los fuertes*, el gesto de valentía de quienes se atreven a ser quien son, amar a quien desean, sin dejarse mediatizar por el que dirán. Lejos de dramas por tal motivo, de denuncias y reivindicaciones, más allá de algunas pinceladas suge-

rentes. La más importante, la evocación reiterada a unos padres de los que veladamente sabemos no han aceptado la homosexualidad de su hijo, y a quienes éste optó por ignorar antes que renunciar a ser quien es. O la homofobia latente en un gesto simbólico: el de lanzar una piedra al foráneo, quien ha modificado la rutina en la que los lugareños están instalados, sin más explicación posible que haber sustituido a quien contaba previamente con los favores sexuales de Antonio, aunque fuera manteniendo las apariencias con su doble vida de hetero emparejado.

Todo un romance nada pastelón, una obra sobre la intimidad marica en un pueblo perdido de pescadores, donde los pequeños gestos (preparar un desayuno, bailar, observar dulcemente a quien duerme plácidamente y ronca a pierna suelta en tu cama...), lo llenan todo. Muy buen arropados por una banda sonora muy latina (parte de la cual es obra de Gepe).

Son dos películas cuyos finales alejan de la tragedia a sus protagonistas. Ambas nos enseñan cómo en el contexto del mundo rural es posible no ajustarse al patrón cishetero. También allí se puede querer desde la diversidad. Y se puede saber decir adiós. Porque la vida personal no puede quedar limitada ni entregada en exclusividad a otra persona, a veces hay que despedirse, como sucede en *Los Fuertes*. Otras veces, como concluye *Viento Seco*, se puede acabar compartiendo el afecto y el sexo con más de una persona, sin malos rollos. Como lo hacen Ricardo, Maicon y Sandro.